volátil, que á mi llegada huian en grupos, cual bandada de palomas á la vista del milano. Quién me tomaba por un marido celoso; quién por un amante desdeñado; cuál me daba satisfacciones; cuál me pedia cuenta de agravios; y como la circunstancia de conocer las intrigas anteriores de mi dominó me ponia desde luégo en el medio de las cuestiones, pasé alternativamente por amante, por padre y por marido de todas, y por último convinieron en que era brujo, hasta que, arrancándome por fuerza la careta, se encontraron más admiradas viendo que no me conocian, y yo sí á ellas.

¡ Que no pueda yo presentar aquí de lleno el fruto de aquella noche de observacion y movimiento!; mas no me es lícito, por tres causas: la primera, porque ofrecí á mis amables descubridoras que no las descubriria; la segunda, porque de hacerlo corria peligro de estar hablando de máscaras hasta el Miércoles de Ceniza, y la tercera y principal, por no tener permiso de mi dominó para continuar la narracion de sus aventuras, por aquella sábia regla de que «la historia no se ha de escribir al tiempo que se verifica.»

(Febrero de 1833.)

LA COMPRA DE LA CASA.

«No todo lo que es brillante Riqueza al avaro ofrece; Oro la alquimia parece; Vidrio hay que imita al diamante.» Tirso de Molina.

Nada hay tan lisonjero para un honrado tendero de esta villa como la idea de invertir en una casita propia el resultado de sus cálculos y combinaciones sobre el queso de Rochefort y los barriles de Málaga. Miéntras éstos sólo le produjeron el ahorro de un millar de pesos, limitó sus proyectos á enriquecer su almacen y dar mayor ensanche á sus negociaciones; lisonjeado por el éxito de éstas, alquiló una espaciosa tienda y la embelleció con cristales y columnas, al paso que abandonó la antigua manía de tener siempre el mejor género; los hombres son niños grandes y pagan más caro lo brillante que lo bueno.

Este cálculo se hizo nuestro almacenista, y una contínua lluvia de plata y cobre, cayendo armoniosamente en el cajon del mostrador, fué trasformada por él, con el mayor sigilo, en sendas onzas de Cárlos III, escudos y doblones de nuestro monarca actual.

¡Qué plenitud de contento equivale al de aquél cuando, cerrada la tienda y despachada la familia á una merienda en el Canal, se entregaba los domingos á sus anchuras al arqueo de su caja! ¡ Qué invenciones tan peregrinas para ponerla á cubierto, no tan sólo de la vista de los extraños, sino de las sospechas de los propios! Porque á nuestro hombre no se le ocultaba que los enemigos domésticos son los más temibles para el caudal, y que las necesidades ó exigencias de su esposa y de sus hijos podrian crecer al compas de sus talegos. Así que él mismo se los cosia y recortaba, colocándolos luégo en los sitios más excusados; y hubiera deseado que existiese moneda equivalente al valor de todos ellos, para llevarla siempre consigo con el mayor disimulo; pero ya que esto no podia ser, las habia reducido al menor número posible de fracciones, todas de ley y peso conveniente, y de sonido más grato á sus oidos que romance de Bellini cantado por la Meric Lalande.

Satisfecho, pues, con su incógnito monetario, aparentaba con todos la mayor escasez, negando siempre tener el menor fondo de reserva, si bien por otro lado no dejaba de calcular que su dinero, así arrinconado, nada le producia, y se hallaba ademas expuesto á un caso fortuito de incendio, robo ó cosa tal. Así que, despues de muchas noches de desvelo, vino á resolver que sería lo más conveniente emplear su capital en una casita asegurada de incendios, en el casco de esta villa, con lo cual se proporcionaria multitud de goces y privilegios, amén de un cinco ó seis por ciento, rédito de su capital.

Vivamente afectado con tan feliz idea, se levantó una mañana, y su primera diligencia fué correr á suscribirse al Diario de Avisos, con el objeto de ponerse al corriente de todas las ventas á pública subasta, ya en virtud de providencia, ya á voluntad de sus dueños. Embebido desde

entónces en esta grata lectura, solia pasar los dos tercios de la mañana; luégo se ponia su sombrero, y envuelto en su astrosa capa, dirigíase á la casa en venta, y la miraba con disimulo desde el portal de enfrente; despues subia la escalera y llamaba en todos los cuartos con cualquier pretexto para reconocer lo que podia del interior; en seguida iba á la escribanía por donde se verificaba la subasta á ver el expediente, y desde allí pasaba á la contaduría de aposento á reconocer los planos de Madrid; con cuyas noticias, malas ó buenas, no dejaba de consultar á un aprendiz de arquitecto, corredor de ventas, el cual siempre le daba las mejores ideas de la casa, aunque no fuese más que por cobrar su tanto por ciento de comision; pero al tratarse de tocar á sus monedas, faltábale á nuestro hombre la resolucion y dilataba el plazo para ocasion más oportuna.

Por último, llegó un dia en que el anuncio de una venta en la calle de la Palma Alta vino á despertar sus ideas adquisidoras; la sola consideracion de poseer una casa en la calle en que habia nacido bastaria á decidirle, si las seguridades de su arquitecto, las invitaciones del escribano y los respetuosos homenajes de los inquilinos, que desde el primer dia le saludaron como á su futuro casero, no hubieran añadido á sus deseos una fuerza irresistible.

La casa se vendia en virtud de mandamiento judicial y para pago de acreedores, los cuales en vano habian esperado postores que hiciesen subir su valor; si hubiera estado situada en la calle de Carretas, de Alcalá, ó cosa tal, millares de comerciantes ricos, americanos emigrados, ó compañías revendedoras se hubieran apresurado á doblar su tasacion; pero como era en la calle de la Palma Alta, todos la desdeñaban, y solamente nuestro tendero tenía empeño en poseerla.

No dejó de conocerlo el escribano, el cual lo trasmitió

á los acreedores, manifestándoles el único medio de sacar partido del entusiasmo de nuestro comprador; y con efecto, llegado el dia de la subasta, verificada en el piso bajo de las Casas Consistoriales ante la presencia judicial, el honrado tendero, que creia hallarse solo, vió con sorpresa un banco entero de oposicion, cuyos individuos se empeñaban en pujarle siempre mil reales más; y en los intermedios de los pregones, hablaban entre sí, ponderando las cualidades de la tal casa, y manifestando su empeño en llevarla; pero mi tendero, rascándose la frente y tentándose el garguero, pujaba más, y ya la mayor parte de aquéllos se iba retirando, fingiendo sentimiento por la derrota; sólo quedaba uno, más obstinado que los demas, el cual, fijo en sus mil reales más, hizo desconfiar al pujante tendero de vencerle, y por fin, con harto sentimiento se determinó á cederla; pero no bien habian salido de la subasta, cuando llamándole el nuevo dueño de la finca, le hizo presente que él habia hecho la puja por encargo; pero que si tenía fuertes deseos de la casa, estaba resuelto á cedérsela, aunque hubiera que dar algunos quantes á su principal, pues no podia ver padecer al prójimo. El buen hombre, que oyó que por un par de guantes tendría la casa, al momento iba á darle los suyos (que eran por cierto de punto de estambre azul con ribetes blancos); pero el otro le hizo ver lo que él llamaba guantes, y no hubo más remedio que transigir con él en media docena de medallas de pelucon.

Despues de éste vinieron los gastos de escritura, alcabala, hipotecas, arquitecto consultor, reconocimiento de títulos, etc., etc., lo cual iba haciéndose sentir terriblemente en el archivo numismático del tendero. Pero todo lo dió por bien empleado cuando con toda la solemnidad legal se vió investido con la autoridad de propietario, dándosele á reconocer á los inquilinos como único dueño

de la finca, á quien debian acudir con el pago de sus alquileres, y en seguida abrió y cerró puertas, y paseó las habitaciones, echando fuera las gentes que dentro estaban, y haciendo otros actos de dominio no turbado ni contradicho, con lo cual se le dió la posesion en forma.

Al siguiente dia abrió su tribunal en la trastienda de su almacen, para oir y juzgar las reclamaciones de los inquilinos; las cuales estaban reducidas á pedir rebajas en los precios y várias obras de comodidad; sin embargo, el tendero, por un sistema de compensacion, tuvo por más prudente desestimar las obras y sólo proveer á la subida de precios con arreglo al presupuesto de productos que él se habia formado al comprar la casa.—En vano los inquilinos intentaron reclamar aquella violacion de su derecho; la autoridad de un dueño nuevo es terrible, y nada pudieron lograr; pero deseosos de vengarse del todo, fueron tomando la determinacion de dejar la casa, quedando á deber dos, tres ó más meses de alquiler; con lo cual tuvo el propietario que entablar tantas demandas como inquilinos eran, y luégo otras tantas como plazos les señalaron para pagar, con cuyos gastos vino á duplicar el importe de las deudas.-Por otro lado, los vecinos, esparcidos por aquellos barrios de Monserrat y del Hospicio, desacreditaron la casa vieja y el casero nuevo en términos, que en vano éste habia gastado ya cinco cuadernillos de papel para poner en los balcones la seña del alquiler, y diez pesetas en anuncios del Diario, porque nadie parecia á pretenderla, con lo cual su autoridad dominal venía á quedar puramente nominal.

Nada de esto sabía bien al nuevo propietario, tanto más, cuanto que el pago de la contribucion de frutos civiles, regalía de aposento, farol y sereno, censos y demas cargas eran invariables, ya estuviese alquilada, ya no; y por otro lado, los actuales inquilinos (que eran los rato-

nes), ademas de habitarla grátis, minaban los cimientos y destruian el edificio; así que, convencido por estas circunstancias, por el ejemplo general de refundicion, por las invitaciones de su esposa, y más que todo, por los cálculos moderadísimos de su arquitecto, determinó reformar su casa, dándola el aspecto de la novedad y de la frescura.

Dicho y hecho; plan de tintas de colores, licencia, cálculo de ganancias, presupuesto de gastos; todo se formó en un instante, y la obra empezó bajo la direccion del consabido. Abajo el tejado; piso tercero, cuarto, buhardillas..... Pero ¡qué desdicha! á los primeros golpes húndese una viga y el pavimento del segundo se desploma detras; el principal, como si hubiese aguardado esta señal, verifica la misma operacion.—Pues, señor, ya nos encontramos en la tienda sin necesidad de bajar escaleras.—¿Qué se hará? ¿Qué no se hará?—Y estando en esto, los cimientos flaquean, la fachada se inclina, y por mucha prisa que los obreros se daban para aligerar, una nube de polvo, deshaciéndose en las nubes, dejó ver al segundo dia el ancho boqueron en que fué la casa, cubierto de vigas y de cascotes.

Ya tenemos á mi señor de obra en el caso de edificar una casa de nueva planta, cuando sólo pensaba reformar la antigua, para lo cual contaba con los fondos suficientes. Estos quedaron consumidos en sacar los nuevos cimientos; en vano acudió á la enajenacion de efectos y alhajas; todo ello bastó para elevar el primer piso; empeñado en su empresa, recurre á los prestamistas, los cuales le adelantan lo suficiente para elevar el segundo, bajo la garantía é hipoteca del principal; por último, una comunidad de monjas se le opone á la elevacion del tercero, por sobreponerse á las paredes de su huerta. No le queda más arbitrio al nuevo propietario que subdividir en muchas habitaciones los dos mil piés de terreno que posee, y si-

guiendo la regla del sastre de las monteras, asigna á cada una lo estrictamente necesario para poder vivir inquilinos liliputienses, si bien gastando en puertas y ventanas más de un año del alquiler.

Pero concluida que fué la casa, y colocada en el caballete del tejado la cruz de siete brazos y siete banderas, empezó á disfrutar los placeres consiguientes á la calidad de dueño que tanto habia deseado.

Entónces observó la puntualidad y buenos modos de los vecinos para pagarle su alquiler; la tolerancia de las contribuciones; las multas improvisadas; la sencillez y la moderacion de las cuentas de los albañiles y vidrieros, carpinteros y soladores; la entretenida historia de las demandas de despojo, las divertidas comparecencias judiciales; los términos por equidad; los mandamientos de amparo; y tantos otros incidentes como dan grata ocupacion á los caseros, y campo al ingenio de los inquilinos de Madrid.

Mas lo peor del caso fué, que la señora tendera y las niñas, luégo que se vieron con casa propia, dijeron con resolucion: «No más mostrador»; y fué tal su energía, que consiguieron determinar al amo de casa á trasladarse á vivir al cuarto principal de la propia. Con todas estas bajas, los empeños contraidos, léjos de disminuirse, fueron en aumento con los intereses anuales, en términos que, á vuelta de algunos años, el hipotecario, observando que su crédito ascendia ya al valor de toda la finca, la reclamó judicialmente y le fué adjudicada.

De esta manera desapareció el tesoro del almacenista, cual precioso monumento extraido sin precaucion de las ruinas de Herculano, que se deshace y evapora á la sola impresion del aire.

(Marzo de 1833.)

LOS PALETOS EN MADRID.

« Juan Labrador, ¿qué os parecen Los músicos?»—«Que son diestros; Pero mejor me parecen De mi exido los jilgueros.» Mátos.

El aire de córte es semejante al tufo en una pieza cerrada, que sólo le perciben los que vienen de fuera. Esta fria atencion, estos estudiados modales, estas palabras vagas, este cortés egoismo que llamamos buen tono y bien parecer, desconciertan sobremanera á los forasteros, y hacen formar distinto concepto de nosotros á aquellos mismos que si nos vieron fuera de Madrid quedaron prendados de nuestra amabilidad y cortesía.-¿Y por qué esta diferencia? Porque en la córte la fantasma del poder nos persigue constantemente, obligándonos á estudiar y medir nuestras palabras y acciones, congojándonos con el temor de aparecer hombres vulgares; llena nuestras mentes de proyectos quiméricos y de esperanzas ambiciosas, y adormeciéndonos con ellas, nos hace desdeñar los sólidos caminos de la fortuna, por seguir los engañosos atajos del favor.

Sea, pues, ejemplo de estas verdades la familia de don Teodoro Sobrepuja. Este caballero, á quien sus importantes empleos y comisiones delicadas habian ocasionado una enfermedad de pecho, que le redujo en poco tiempo á un estado lastimoso, viéndose precisado á buscar en los aires nativos el recobro de su salud, pasó á la villa de Olmedo, llevando consigo á sus dos hijos Cárlos y Luisita, jóven aquél de diez y ocho, y ésta de catorce años de edad.

La amabilidad de D. Teodoro y de sus hijos, y las muchas relaciones de familia que tenía en el pueblo, les sirvieron en términos que muy luégo fueron el objeto de las atenciones y obsequios generales; pero más particularmente de parte de la familia de Patricio Mirabajo, el más rico hacendado de aquellos contornos, compañero de infancia de D. Teodoro, y cuya amistad llegó al extremo que, no contento con prodigarle toda clase de atenciones, no paró hasta llevársele á vivir á su casa propia, á fin de atender con más cuidado al restablecimiento de su salud. La mujer de Patricio, Aldonza Cantueso, mujer de un excelente fondo, aunque rústica sobremanera, y sus dos hijos Braulio y Feliciana, contribuyeron por su parte á hacer grata á los forasteros la estancia en el lugar, de modo que, dilatándose ésta más de año y medio, recobró don Teodoro, no tan sólo su perdida salud, sino aquel apacible sosiego del espíritu que huye de las ciudades, y sólo se encuentra bajo los humildes techos de la aldea.

Los jóvenes, por su parte, cuya tierna edad era la más á propósito para recibir las primeras impresiones del amor, no pusieron cuidado en resistirlas; ántes bien dejaron crecer á la vista de sus mismos padres una pasion inocente, que éstos se complacieron en fortificar, disponiendo en consecuencia los matrimonios de Cárlos con Feliciana y de Luisa con Braulio; pero como todavía eran tan jóvenes, señalaron el plazo para de allí á tres años, que deberian

reunirse en Madrid; y consolados con esta esperanza, aunque penetrados de sentimiento, regresaron D. Teodoro y sus hijos á la capital.

Fácil es de concebir la firmeza que resolucion semejante podria mantener en el pecho de un hombre en quien la ausencia de la córte no habia hecho más que adormecer las ideas de orgullo y de elevacion; como tambien los vaivenes que durante tres años sufririan los corazones de nuestros jóvenes en aquella peligrosa edad, y rodeados de los atractivos y seducciones cortesanas. Con efecto, el recuerdo de sus amores se debilitaba de dia en dia; pesábales ya el momento de escribir á sus amantes, y en el interior de sus corazones temian ver llegar el plazo de la entrevista. Don Teodoro, por su parte, ocupado en sus ascensos y engrandecimiento, apénas recordaba ya su compromiso, cuando una mañana la ronca voz de la señora Aldonza vino á sacar á todos de su distraccion, y vieron con asombro á aquélla y sus dos hijos, que entraban por la sala con la algazara y contento propios de personas sencillas y satisfechas.

Tan inesperada invasion no pudo ménos de sorprender à D. Teodoro y su familia; pero sobreponiéndose luégo al primer movimiento de extrañeza, recordó aquél los inmensos favores que debia à sus huéspedes; y haciendo una violencia à su fisonomía y à su lengua, procuró recibirles con muestras de regocijo. Las parejas juveniles, observándose con desconfianza y curiosidad, tardaron aún largo rato en manifestarse; pero un resto del fuego de su antiguo amor, encendido à la vista de aquellas facciones, en otro tiempo adoradas, les obligó por entónces à hacer abstraccion de trajes y modales, y sólo mirar el objeto de sus primeros amores, con lo cual pudieron entregarse à las demostraciones de su contento; demostraciones que se prolongaron todo aquel dia.

A la mañana siguiente fué preciso condescender con el deseo de los huéspedes de dar una vuelta por calles y paseos, con lo cual empezaron éstos muy de mañana á destapar cofres y maletas y sacar de ellos los trajes de dia del Corpus para presentarse en Madrid con el decoro conveniente. Pero el elegantísimo Carlitos, á quien toda la noche habia traido desvelado la consideracion de lo mucho que iba á padecer su vanidad, no perdia de vista aquella operacion; asustado con los tales preparativos, corrió al cuarto de su hermanita, y arrojándose en una silla, -; Ay, Luisita mia, exclamaba, tristes de nosotros acompañando á los lugareños! ¡Si vieras qué vestidos, qué telas, qué peinados! Sin duda que vamos á ser la burla de todo el Prado. ¿ Qué dirán tus amiguitas las de Yerba-vana, que tan sublime concepto tienen formado de mi elegancia, viéndome hacer el amor á una paleta con el talle bajo el brazo, mantilla hueca y recogida á la garganta, bucles cortitos y peineta de á tercia, zapatos de tabinete y guantes de color de rosa? Y tú, por tu parte, ¿ cómo has de sufrir la risa del alférez de la Guardia, mirándote acompañar por un frac del año 12, sombrero ancho de copa, pantalon de punto ajustado, y botas de campana á la bombé?

—Sin duda, Carlitos (exclamaba Luisita sollozando), sin duda que harémos con ellos un buen contraste, tú con tu levita de fantasía, y yo con mi cachemir ternó.

— Y papá ¿qué papel va á hacer con sus dos veneras, acompañando á la señora Aldonza, de vestido de estameña y moño de calabaza?

- Oh! eso es insufrible, y yo voy á fingirme mala.

— Y yo tambien, decia Carlitos; pero al llegar aquí, ábrese con estrépito la mampara, y se adelanta el triunvirato olmedino, ofreciendo el anacronismo más disonante de aquel primoroso tocador Psiché.

Sin embargo, los jóvenes cortesanos disimularon su extrañeza; pero no así los paletos, los cuales rieron á carcajadas al mirar el ajustado talle de Cárlos y el elegante prendido de Luisita, mortificando á éstos con sus preguntas y algazara, no ménos que al padre, que se presentó despues; pero no hubo más remedio que hacerse una fuerte violencia y acompañarles á paseo.

Pongo en consideracion de mis lectores la extravagante caricatura que ofrecerian las tres parejas, así como tambien dejo considerar el efecto que en los recien venidos produciria la vista de tantos objetos extraños. Este á la verdad era singular é incomprensible; v. gr., pasaron sin hacer alto por delante del hermoso edificio de la Aduana, y les llenó de admiracion la fuente de la Mariblanca; vieron sin entusiasmo el Salon del Prado, y en las fuentes de Cibéles, Apolo y Neptuno, lo que más les admiraba era la anchura del pilon. Cada coche que pasaba era para ellos un suceso; las mujeres, madre é hija, agarraban á sus parejas respectivas, temiendo que las atropellasen aunque fuesen á treinta varas de distancia, y el mancebo se quitaba cortésmente el sombrero, creyendo que los que iban dentro eran todas personas Reales. A cada lugareño que pasaba iban á hablarle, tomándole por paisano suyo, y la vista de cada elegante les producia risas convulsivas y dichos nada corteses. Su marcha en la confusion del Prado era oblícua y desigual; quejábanse de las apreturas; distraíanse mirando atentamente á las caras de los paseantes; dejaban caer el abanico, los guantes, el pañuelo, y á cada objeto que les chocaba llamaban la atencion de los demas señalándole con el dedo. Mas, en fin, cansados á la segunda vuelta, quisieron sentarse, no sin grave alivio de los acompañantes, que vieron disimulada por un momento su enfadosa publicidad.

De vuelta de paseo, manifestaron deseos de beber, y

don Teodoro, venciendo su repugnancia, les hizo entrar en un café, donde pidieron limon y leche, y luégo chocolate con bollos; y habiendo querido obsequiar Carlitos á Feliciana con un queso helado, ésta pidió al mozo un cuchillo para partirle.

Pasaron despues al teatro á ocupar un palco, tomado de antemano; allí se echaron de brazos en la barandilla, y dejaron caer un anteojo perpendicular encima de la cabeza de un alguacil, con lo que llamaron la atencion de toda la concurrencia, no sin grave bochorno de los dos jóvenes madrileños, que se escondian lo mejor posible.

La desgracia hizo que aquella noche acertasen á hacer la ópera de L'Ultimo giorno de Pompei, y si bien al principio la vista de las decoraciones y el ruido de la música y de los coros los tenía agradablemente entretenidos, no tardaron en empezar á bostezar, y al caer el telon al final del primer acto, cayeron tambien sus párpados, permaneciendo en tan envidiable estado hasta que la erupcion del Vesubio, al concluirse la ópera, les hizo despertar asombrados, y figurándosela verdadera, corrieron á la puerta, temiendo ser víctimas de aquella catástrofe.

Sería nunca acabar el ir refiriendo una por una las escenas grotescas que ofrecia la naturalidad de nuestros paletos, contrapuesta á la afectacion de los cortesanos; por mi parte tuve motivo de ser testigo de alguna de ellas, por haberles acompañado, en calidad de amigo de la casa, á ver las curiosidades de Madrid, y preguntándoles despues qué era lo que más les habia gustado de ellas, me respondieron que en el Palacio la pieza de porcelana; en el Museo el cuadro del hambre de Madrid; la vajilla de plata en el Casino; la campana china en el Gabinete de Historia natural; en el Retiro, el ídolo egipcio de la fuente del estanque, y en la Armería, el espejo para curar la ictericia. En punto á paseos dieron la preferencia

á la Ronda, y de funciones teatrales ninguna les agradó como la *Pata de Cabra*; lo demas todo lo hallaron mediano, y de ningun modo preferible á las bellezas de Olmedo.

No hay necesidad de decir que la ilusion de nuestros jóvenes madrileños habia ido desapareciendo á medida que observaban estas cosas; pero dudosos sobre su futura suerte, y áun confiados en que la permanencia en la córte obligaria á los otros á mudar de inclinaciones, formaron empeño en inspirarles otras ideas; — inútil intento; — la sencillez de los naturales venía á descomponer todos sus planes. En vano los sastres y modistas acomodaron á sus cuerpos todos los caprichos de los figurines parisinos; la cabeza erguida y los brazos caidos dábanles el aspecto de un maniquí sin animacion; en vano les enseñaban á pronunciar bien las palabras; su lengua, no sujeta, les hacía traicion á cada momento.

Por último, un dia en que todos manifestaban su mutuo descontento por lo inútil de estas lecciones, saltó la señora Aldonza, y dando rienda suelta á su mal reprimido disgusto, — « No os canseis, chicos (les dijo), que pa golver en ca e vuestro padre Patricio Mirabajo con los mesmos pecaos que trujisteis, eso me da que igais aches como que igais erres; y Dios en mis adrentos, que lo demas son sotilezas; con que no hay sino dejallo y no andarme con aquí te lo puse, que lo mejor sólo Dios lo sabe, y como esas cosas podria yo contarles á los de Madril cacaso no entienden....; No sino úrguenme un tantico, y verán cómo todos tenemos nuestro aquel!.... Y dígolo, porque yastoy cansáa de tanto pedricarles de la pulítica, y dále con las cortisías, y torna con las filís, que así Dios me perdone como parecen saltarines de los cantaño bajaron á mi puebro.... ¿Sus paece, chicos (añadió encarándose con los madrileños), que los mi mochachos pa casarse nesecitan deprender toas esas estilaciones de la córte? Pues náa menos queso; porque ellos, miéntras Dios dé vida y salú á Aldonza Cantueso y Patricio Mirabajo, no han de apartarse dellos, agora se casen, agora no, que pa eso les himos parío y criao á nuestros pechos, pa que tengan cuidiao de mosotros desque lleguemos á viejos, y si lo contrario hicieren, para esta (y besó la cruz) que no habian de llevar un chavo; casí es nuestra última y postrimera voluntá..... Y esto mismo cuento de icirle á vuestro padre, y que ó herrar ó quitar el banco; y vosotros ya sabeis el camino de Olmedo, con que allí aguardamos la rempuesta.»

Corridos y confusos quedaron los dos jóvenes con aquella inesperada proclama; y luégo que quedaron solos empezaron á reflexionar sobre su suerte; vieron cuán ilusorios eran sus provectos de enseñar á sus amantes el aire de córte, cuando ellos mismos se verian precisados á olvidarle si habian de casarse y vivir en Olmedo; preguntáronse mutuamente sobre el estado de sus corazones, y hallaron que no quedaba en ellos una chispa del amor primero; observaron la tibieza de su padre en recordarles el empeño contraido, y por último, llamaron en su auxilio las gracias de la señorita de Yerba-vana y del alférez de la Guardia, que acertaron á entrar en aquel momento. Don Teodoro, por su parte, acalorado por las reconvenciones de Aldonza, no tuvo reparo en anular el contrato, y los jóvenes renunciaron con gusto á una renta de diez mil ducados por no verse precisados á salir de Madrid, así como los aldeanos resolvieron olvidar un amor que les ponia en peligro de tener que alejarse de Olmedo.

(Marzo de 1833.)

LA FILARMONIA.

« La dulzura de la música es el único hechizo permitido que hay en el mundo.»

FEIJÓO.

«La música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.»

CERVANTES.

El entusiasmo melomano producido á principios de este siglo por la fecunda lira del Cisne de Pésaro halagaba las imaginaciones europeas, harto fatigadas por las combinaciones de la política y los desastres de la guerra. Las artes encantadoras, que sólo crecen á la sombra de la paz, tornaban á ejercer su influencia en los corazones generosos; y el privilegiado Rossini, áun no bien salido de la infancia, acababa de fijar la atencion general presentando en la escena veneciana, en el Carnaval de 1813, su famoso Tancredi. A los acentos del nuevo Orfeo respondieron todos los corazones: « desde el Dux hasta el último gondolero repetian involuntariamente su armonía, y las orillas del Adriático resonaban á todas horas « mi